

EL MONITOR

DE LA

EDUCACION COMUN

PUBLICACION DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

PRESIDENTE:—DR. D. JOSÉ MARIA GUTIERREZ.

VOCAL: DR. D. JULIO A. GARCIA, DR. D. JOAQUIN GRANEL, DR. D. PEDRO C. REYNA, DR. D. ALEJO DE NEVARES—SECRETARIO: D. SALVADOR DIEZ MORI

DIRECTOR Y REDACTOR: JUAN M. DE VEDIA

REDACCION

LOS EXÁMENES ESCOLARES EN 1896

Del "Boletín de Enseñanza y de Administración Escolar" de La Plata

Las escuelas comunes de toda la provincia han empleado la segunda quincena de noviembre en el examen público de cuanto en ellas se ha enseñado durante el año de 1896, los informes recibidos dan cuenta de que se han repetido en esta ocasión fenómenos análogos á los que se han observado en años anteriores.

El examen público de las escuelas, podría no tener otro fin que el de poner estos establecimientos en comunicación inmediata con el pueblo, el mostrarle que han enseñado, como y cuanto, para que las familias satisfagan el interés de conocer el grado de adelanto de sus hijos, para que, viendo como se procede en la enseñanza, adquieran ideas de la acción escolar, tengan relación con el personal docente y aprendan á juzgar rectamente la escuela y á tenerle la consideración y el afecto que merece.

Pero las disposiciones que rigen en la materia quieren que el examen sea el medio por el cual los niños prueben que han completado el aprendizaje de un grado del programa, para tener el derecho de estudiar el grado superior inmediato, y á probar esa suficiencia se dirigen las aspiraciones de los niños, de los maestros y de las familias.

En los primeros tres ó cuatro meses

del año escolar no se piensa en los exámenes ó se piensa que están lejos. Nadie se apura, todo va despacio.....demasiado despacio quizás. Al entrar en el cuarto ó quinto mes se saca la cuenta de que ya ha transcurrido cerca de medio año, y todavía falta bastante para terminar el estudio de la primera mitad del programa. Empieza á asomar cierta inquietud, pero maestros y alumnos extienden la mirada hácia adelante y, al notar que aún faltan cinco ó seis meses, se dicen mentalmente:— "Todavía queda tiempo"; y se disponen á aumentár un poco su actividad, pero el ánimo se conserva tranquilo hasta el mes de septiembre.

Este mes es mes de balances. Cada director de escuela y cada maestro de grado suma por una parte el tiempo transcurrido y la cantidad de materias enseñadas, y por otra parte el tiempo que ha de correr hasta el 15 de noviembre y la cantidad de instrucción y de educación que falta dar, y suele resultar generalmente que las diferencias de las dos sumas significa notable *retardo*. Nace la alarma en cada uno, director y maestros se la comunican entre sí, la alarma crece con la comunicacion, y no tarda en extenderse á sus alumnos.

—¡Que todavía no hemos repasado tales materias!

—¡Que ni hemos empezado á estudiar tales otras!

—¡Que no faltan mas que dos meses para llegar á la fecha de exámenes!

—¡I si los examinadores serán exigentes!

—¡I si el grado estará pronto para pasar!
 ¡Y qué sucederá si no pasa, por lo menos la mayoría!

A esta clase de ideas, dudas y temores suelen agregarse consideraciones de diversa índole. Ningún niño se conforma con repetir el año de estudio, ni aún con ser superado por otro: cada cual quiere ser sobresaliente.

También sus padres hacen estribar en este punto una buena parte de su satisfacción: quieren que de cualquier modo el niño pase al siguiente, y que pase con la mejor nota. Sería bochornoso que en público quedara postergado; ó que mereciera un pase sin gloria, cuando los hijos de aquella vecina, y los de fulana, y los de mengano se despiden de su maestro entre lágrimas de cariño y sonrisas de alegría.

No hay maestro de grado que piense con indiferencia en la posibilidad que otro de la misma escuela alcance en los exámenes éxito más lisonjero que el suyo, ni director que se someta voluntariamente á la mortificación de que su escuela sea juzgada menos ventajosamente que otra del distrito.

Además, es necesario que el año actual no desmerezcan el niño, el grado, ni la escuela, el concepto que hayan merecido en el anterior, de las autoridades y del pueblo. ¡Es necesario progresar en la conquista de la opinión pública!

Así nace una emulación violenta. Hay que repasar lo ya estudiado; hay que aprender hasta el último tema de los programas; y como los mesas examinadoras dan mas puntos, y el pueblo alaba más á la escuela que sabe todo de todo, que á la que sabe lo indispensable de cada cosa, menester es agotar los programas y apurar la ciencia, cueste lo que cueste. ¿No basta, para ello, que á los niños se les encomienden dos ó tres tareas domésticas diarias? Se les ordena que hagan cinco, seis, ocho. ¿Resultan escasas las horas reglamentarias de clase? Pues que el día escolar sea de seis, siete, ocho ó nueve horas en vez de cinco. ¿Es insuficiente todo ésto? ¡Clases hasta en los días de fiesta y en los domingos!

Hay más, mostrar en los exámenes que se ha enseñado de todo, es cuanto se necesita para que los alumnos pasen de un grado al inmediato; pero ese acto es

frío y monótono para la generalidad, como que interesa á la inteligencia mucho más que al sentimiento. Hasta no ha mucho se daba variedad y atractivo á los exámenes obsequiando, en los ratos de descanso, á las familias que componían el auditorio, con recitaciones y refrescos restauradores. Las recitaciones van perdiendo su prestigio; y desde que se ha dado en pensar que hay un presupuesto de gastos y que es necesario sujetarse á él, han desaparecido los refrigerios y se ha buscado su compensación en algo que interese á la imaginación y recree el ánimo.

¡La gimnástica! A ella se recurrió al principio de esta evolución. Terminar cada día de examen con algunos ejercicios corporales sería terminarlos mejor que sin ellos. Pero pronto se cayó en la cuenta de que los ejercicios que ordinariamente se hacen en la escuela, entusiasman poco. Desde que el pensamiento empezó á tomar este camino no le fué difícil dar con la idea de convertir la gimnástica en series de movimientos y actitudes en los cuales la utilidad del organismo estuviese acompañada ó reemplazada por el deleite que en el vulgo causa todo lo que es bonito y nuevo. Y los maestros de muchas escuelas han empleado varios meses del año en idear combinaciones de pasos y posturas de adorno, y ellos y sus discípulos han empleado los últimos en ejercitarse en el mejor modo de realizar esas creaciones estéticas; y los han empleado con cierto sigilo, por que todos, maestros y niños, han comprendido, sin decirse una palabra que cuanto mas imprevisto fuera el espectáculo mas satisfactoria sería la impresión del público. Este esfuerzo físico de última hora, sumado con el mental, igualmente extraordinario, vendría á acabar de abrumar á la escuela entera; pero, en cambio, ¿qué gentío habían de atraer en los días de examen, al caer de las tardes, las escuelas que tales esfuerzos de ingenio, de gusto y de voluntad hubieran hecho por merecer la satisfacción de las familias!

Se concibe que el brillante éxito alcanzado en un año no puede alcanzarse en otro con una mera repetición. Y no es difícil suponer que el genio inventivo ha de quedar mas ó menos agotado al segundo ó tercer año de esfuerzos, si ha de contraerse á preparar sorpresas en el li-

mitado campo de la gimnasia de espectáculo. Y, como también debe suponerse que, entradas en esta corriente, no pueden renunciar las escuelas á la idea de atraer al pueblo por medio de ingeniosos artificios, no faltan ya cuales hayan recurrido á representaciones dramáticas.

Sin duda pueden hermanarse, también acá, lo útil y lo teatral. Pero, á costa de maestros y niños, que se ven precisados á emplear cuando más solicitadas están todas sus facultades por el programa obligatorio, tiempo, y no poco, en estudios y en ensayos de fantasía.

¿Qué ha resultado de todo esto? Que maestros y discípulos han estado trabajando sin descanso durante dos ó tres meses, de seis á ocho horas en la escuela y de seis á ocho horas en sus casas, durmiendo poco y mal, comiendo de prisa y á medias, digiriendo trabajosamente ó indigestándose, pasando la vista por los libros con rapidez de relámpago, violentando la memoria y la inteligencia para dejar en ambas impresiones fugaces, y excitando extraordinariamente el sistema nervioso. Todos ellos se han cansado, se han fatigado, se han extenuado; todos se sienten débiles y enfermos; los niños han recibido en poco tiempo gran número de ideas, pero, no habiendo podido dedicarse á percibir las con detenimiento, ni á pensar en ellas, ni á repetir los actos mentales cuanto fuera menester para grabar profundamente los efectos, resisten con dificultad los procedimientos de exploración que intenten las mesas examinadoras, y, lo que es más lamentable, de los frutos de todo ese inmenso trabajo no se conservará, seis meses después, la mitad; y un año mas tarde, ¿quién sabe si el quinto! Esto equivale á decir que tanto trabajo y tanto afán han perjudicado la salud sin conseguir que no sean en gran parte estériles, ni que en gran parte no se malogren.

A tales observaciones se responde que los programas están mal distribuidos, y que mientras en algunos grados es soportable la cantidad de materia, en otros es excesiva. Es verdad: los programas adolecen de este defecto; pero no se les debe atribuir toda la culpa de lo que ocurre. Bajo de las indicaciones de un programa cabe lo mucho y lo poco. Al director de cada escuela y á los maestros de

grado corresponde calcular *cuanta comprensión* podrá darse al programa de cada materia, *para que los niños lo recorran en toda su extensión aprendiéndolo bien i sin cansarse*. El pueblo y los examinadores deben hacer el mismo cálculo y todos deben limitarse á enseñar y á exigir lo que satisfactoria y cómodamente se pueda aprender, no más.

Pero nadie precede así. El pueblo no sale satisfecho de una escuela primaria, si no ve que un niño de doce años sabe mas geometría que un ingeniero, ó mas botánica y zoología que un naturalista, ó mas anatomía que un cirujano, ó mas fisiología que un médico. Los examinadores, con ser maestros casi todos, suelen pensar de manera semejante. No hace mucho que presencié este diálogo tan breve como sinificativo, sostenido entre la directora de una escuela y una distinguida maestra examinadora:

—Señora directora: vamos á examinar en geografía. ¿La de qué países ha estudiado este grado?

—La de américa y europa.

—Es demasiado.

—Lo exige el programa.

—Sí, es verdad; pero no pueden los niños saber mucho de cada una de esas partes. Con la geografía de américa hay como emplear muy bien un año.

En otro exámen presencié el de historia. La maestra, pareciéndole imposible enseñar todo el programa con profusión de detalles, se contrajo sensatamente á enseñar los sucesos mas importantes, relacionándolos de modo que resultase en la mente de sus discípulos un cuadro fiel del modo como se habían desenvuelto los acontecimientos de trascendencia. Pero una examinadora, no satisfecha con la exposicion “á grandes rasgos”, se detuvo á preguntar sobre un cúmulo de nombres y de fechas, y de circunstancias sin importancia; y, como las niñas no contestasen á tales preguntas, la señora examinadora juzgó que “el grado estaba bastante flojo en historia”.

¿Qué ha de pensar un maestro, cuando así opinan público y examinadores? Que no podrán conseguir el pase de sus discípulos, ni el aplauso á que aspiran, de otro modo que procediendo según el criterio de sus jueces; esto es, engolfando á sus alumnos en un mar de su-

perfluidades descriptivas y de frívolas pequeneces. Esto es lo que suele suceder, y de ahí que la desproporcionada distribución de los programas, en vez de ser moderada racionalmente en sus efectos por los maestros, sea agravada inmensamente en el acto de la enseñanza. Tanto es así, que las escuelas apuran de igual modo á los niños que cursan un grado liviano del programa, como á los que estudian un grado recargadísimo. Es que, cuando predomina tal criterio, no hay programa moderado: si se le aplicara debidamente, público, examinadores y maestros pensarían "en la escuela enseñan poco" y quedarían todos descontentos.

Es verdad que debe repetirse sin rodeos: los programas están malísimamente calculados; pero, también, debe repetirse con igual franqueza, que los mismos que mas debieron interesarse en que se atenúe tan capital defecto, son los que contribuyen principalmente á exagerarlo en la práctica, desnaturalizando la misión de las escuelas y agravando las perniciosas consecuencias del error.

La escuela primaria no tiene otro fin que preparar para satisfacer las necesidades individuales y colectivas ordinarias comunes á todo el pueblo ó á su mayoría, enseñando á los niños, durante el tiempo máximo de ocho años, lo que han de precisar en el resto de su vida para realizar aquella satisfacción. Por tanto:

1º Nada debe enseñarse en las escuelas que no sirva para dejar satisfechas las necesidades comunes del pueblo; lo cual equivale á decir que se ha de apartar de la enseñanza todo lo que no alcance á ser conducente al fin escolar y todo lo que exceda de satisfacer las necesidades comunes que se tienen en vista.

2º Nada debe enseñarse que no puedan aprender los niños comodamente en los años en que han de asistir á la escuela; esto es, nada que requiera facultades mas potentes que las suyas, ó que requiera mayor resistencia al cansancio que la que sus órganos puedan oponerles razonablemente.

3º Nada debe enseñarse que la mayoría de los niños no haya de utilizar durante las circunstancias ordinarias de su vida ulterior; y, por lo mismo, nada que esté destinado á olvidarse al poco tiempo de dejar la escuela por falta de apli-

cabilidad, ó porque su naturaleza sea mutable ó de corta duración; (ciertos datos estadísticos, por ejemplo).

Compárense estas reglas con lo que al pueblo agrada, lo que exigen los examinadores y lo que hacen los maestros, (*sin que el programa se lo requiera*), y se notará inmediatamente cuan viciado está el criterio de todos. Prescíndase de lo mucho supérfluo que exigen los programas, para atenerse á lo supérfluo que agrega la enseñanza escolar, y se sacará la conclusión de que se ocupa á los niños en aprender inutilidades que representan la mitad ó por lo menos la tercera parte de todo su aprendizaje. ¡Qué alivio no sería para maestros y alumnos la supresión de ese esfuerzo tan mal gastado! ¡Cuánto no ganaría el resto de la enseñanza en claridad, en exactitud, en tenacidad y en convicción!

Menester es que estas prácticas se reformen, desde luego. No es razonable esperar á que el pueblo tome la iniciativa, corrigiendo sus ideas y moderando sus exigencias, porque el pueblo no es perito en estas materias. No es razonable contar con que los examinadores den ejemplo de cordura, cuando no pertenecen al gremio de maestros ó no estén ilustrados por estudios especiales en materia de escuelas, por lo mismo que carecen de ciencia. Pero sí, debe esperarse que den ese ejemplo cuando pertenecen al magisterio, porque tienen el deber de conocer los límites de su profesión; y justo es desear que los directores de escuela y los maestros de grado se emancipen, mediante un esfuerzo de su buen sentido y de esa abnegación con que tan á menudo hermosean su ministerio, del influjo que suelen ejercer en su ánimo las aberraciones del criterio popular.

Obrando de tal manera, sentirán mortificados, en los primeros años, sentimientos muy legítimos: pero harán mucho bien inmediatamente á la enseñanza, luego á la República, y no tardarán, sobre todo si son auxiliados y debidamente escudados por las autoridades de quienes dependen, en difundir, desde las clases cultas á las grandes masas del pueblo, esta sencilla é incontestable sentencia:

Entre aprender mal y con violencia lo necesario y lo innecesario, y aprender cómodamente y bien, solamente lo necesario,

vale mucho más lo último para la salud y la educación de los niños, y para el porvenir económico y moral de la República.

Por otra parte, si se exige de la escuela más de lo razonable, sea por los programas solos, sea por los examinadores y el pueblo, ¿por qué esperan los maestros á setiembre ú octubre para enseñar el exceso? Pues qué: ¿no saben desde febrero lo que tendrán que enseñar en el año? ¿Y no sería mucho más llevadera la carga si la repartiesen proporcionalmente en todos los meses del curso, que tomándola toda en los dos últimos meses? La experiencia más vulgar enseña que esfuerzos que no pueden desarrollar ó que se desarrollan muy penosamente de una vez, se pueden hacer sin que se los sienta, toda vez que se los divida en varios tiempos,

Además, no se necesita gran penetración para advertir que cuando los directores y maestros se quejan de que programas, examinadores y pueblo se confabulan para exigir de la escuelas más de lo posible y necesario, sienta muy mal que los mismos directores y maestros agraven el malestar, agregando por su cuenta instrucción, discursos, juegos y representaciones que los programas no exigen, ¡y en qué momentos! ¡Cuando ellos y sus alumnos están postrados por la fatiga! Esta conducta no es menos irrazonable, ni puede merecer las excusas que el desgraciado criterio popular; y hay en ella tanta crueldad, que se espantarían sus autores si se detuviesen á pensar los males inmediatos que causan y los mediatos, acaso irreparables, á que dan origen.

No se entienda que se condenan las recitaciones, la gimnástica embellecida, las representaciones ni las fiestas escolares. No, no es eso. Es útil recitar, declamar; son útiles los ejercicios corporales; aprovechan las representaciones,—cuando son dirigidas con discernimiento. Y ejercen saludable influjo las fiestas escolares en los actores y en los espectadores. Lo inconveniente, lo que no puede aceptarse, es que todo esto sea anormal en la vida de las escuelas, que se enseñe con el solo fin de prestigiar los exámenes, en los últimos tiempos del curso, recargando considerablemente cuerpos y mentes ya agotadas por el exceso de la labor

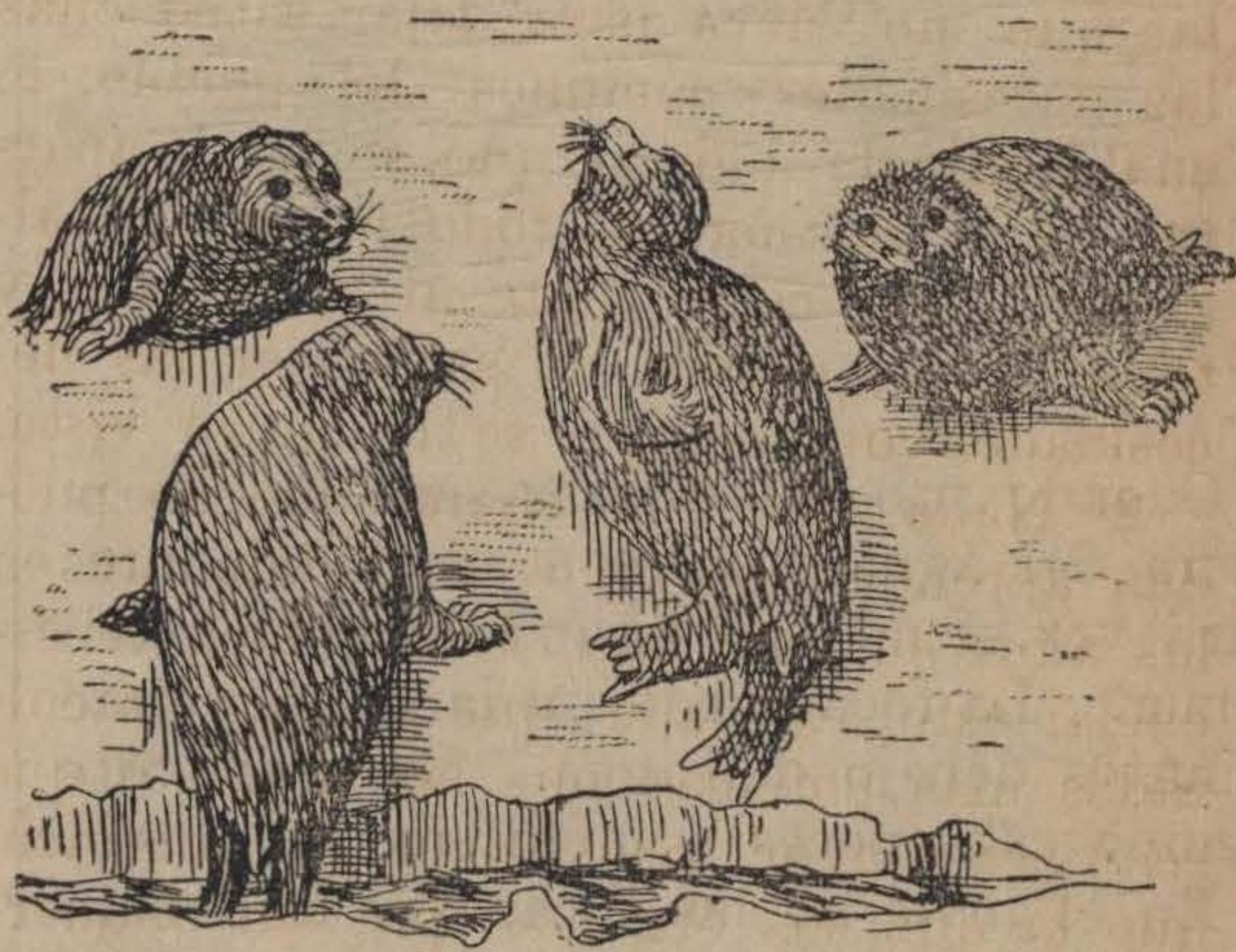
instructiva del año. Si algo hay que objetar á los horarios, es que imponen demasiado tiempo de trabajo. No se les agregue un minuto más; hágase todo con sujeción á ellos, no habrá exigencia, ni aspiración razonable que no quede satisfecha.

F. A. Berra.

LAS FOCAS

Las focas son para los esquimales el principal elemento de su existencia. Son para esas pobres gentes lo que para nosotros los ganados, el trigo y las maderas. Ellas les proporcionan sus alimentos, combustibles y vestidos. Su carne y su grasa constituyen su alimento principal; con su cuero hacen sus botes, sus trajes y sus tiendas para el verano; con sus tendones y sus huesos fabrican hilo, agujas, cañas de pescar y cuerdas de arco. Sin "Nutchook", así llaman á las focas, los esquimales no podrían vivir en las frías regiones que se avecinan al polo norte.

Las focas aman el agua y viven en ella casi todo el tiempo, pero también les gusta trepar sobre el hielo para refrigerarse al sol y dormir una pequeña siesta.



Esta figura representa un grupo de estos animales descansando sobre el hielo. Parecen muy toscos y pesados. Uno de ellos se rasca el costado con las aletas, mientras que los demás tienen aire de